

PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS DEL *BINOMIO*
MIGRACIÓN Y APRENDIZAJE POLÍTICO.
PRESENTACIÓN DE UN MODELO TEÓRICO
Marta Latorre Catalán

VIII Congreso Español de Sociología

Grupo 08. Sociología Política

Sesión 2ª. *Inmigración, cultura y acción política:*
debate teórico y enfoques metodológicos

Resumen

El objetivo del texto constitutivo de esta comunicación es la construcción de un marco *original* de análisis, de interpretación, con el que ‘mirar’ el binomio de migración y procesos de aprendizaje político. Se trata, pues, de elaborar una propuesta para el estudio de los procesos de socialización política en ‘contextos’ de inmigración (primordialmente en países de recepción con regímenes democráticos). Y analizar cómo esas experiencias, que son vividas –*actuadas*–, en el mundo de lo público, de lo político (en sentido extenso) afectan la forma en la que posteriormente *se relacionan* con la esfera de la política (de nuevo entendida de manera amplia, por ejemplo: participación política, relaciones laborales, contacto con las instituciones, etc.), tanto en las sociedades de recepción como en las de origen (para la emigración de retorno).

Esta propuesta parte de una forma particular de entender los procesos de socialización política, concebida como el aprendizaje de aquellas “herramientas” básicas para establecer la vinculación entre los individuos y el mundo de la política. Parte este marco de análisis de una perspectiva que destaca el papel de los actores y la relevancia de sus prácticas sociales. Los ciudadanos se forman, se *redefinen* (constantemente), “*se hacen ciudadanos*”, a través de prácticas sociales, de *experiencias*, en entornos políticos, sociales, culturales y económicos distintos.

1. Nota preliminar

Este texto constituye una versión inicial de una parte constitutiva de mi Tesis Doctoral. Es, por lo tanto, un segmento de un camino más amplio que el que aquí se afronta. Así, creo pertinente señalar los puntos cardinales de esa investigación que aún se encuentra, lógicamente, *in itinere*, fundamentalmente con la intención de dotar de una mayor coherencia e interés a estas páginas.

En ese trabajo mayor y posterior que constituye la Tesis Doctoral pretendo abordar el estudio de los procesos de aprendizaje político, de socialización política si se quiere, de emigrantes españoles en el extranjero durante el franquismo. Se trata, pues, del análisis de la primera toma de contacto de ciudadanos españoles nacidos durante el franquismo¹ con formas y modos de vida democráticos, en los países de destino.

En esos países de destino (Alemania, Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, fundamentalmente, para el caso de la ‘emigración económica’²), a los que los españoles acudieron (al menos a algunos de ellos y originalmente) como *Gastarbeiter* (literalmente, “trabajadores invitados”) como mano de obra para la industria en un periodo de extraordinario desarrollo económico, éstos tomaron contacto con un conjunto de prácticas, valores, experiencias propio de los países democráticos de destino (y distinto al que ellos *habían dejado* en el país de origen), que afectó sus estancias en dichos países y su posterior retorno a España antes del período de transición a la democracia³.

En esos lugares de recepción de la emigración española, los emigrantes experimentan procesos dinámicos y conflictivos de socialización política, tomando contacto por primera vez “con modos de vida democráticos y con relaciones sociales y laborales muy alejadas del binomio autoritarismo-paternalismo sobre el que se había

¹ No hablamos, por tanto, de exiliados *políticos* en la inmediata posguerra, lo que con toda seguridad constituiría una investigación complementaria aunque bien distinta a la que aquí se presenta.

² Es mi intención abordar, ya de forma paralela, ya posteriormente, el estudio de otro *modelo* de “emigrante” español de la época bien distinto: el numeroso (aunque mucho menos nutrido que el primero) grupo de estudiantes, doctorandos, jóvenes profesores universitarios, que, sobre todo, aprovecharon las primeras becas ofrecidas por instituciones extranjeras para completar su formación en diversos países de Europa y América y vivir, de esta forma, sus propias experiencias de aprendizaje político.

³ Se centra esta investigación, por tanto, en lo que podríamos denominar ‘emigración de retorno’, es decir, en aquélla que transcurrido un período más o menos prolongado regresa al país de origen.

edificado el sistema de protección-represión de los trabajadores en España desde el final de la Guerra Civil”⁴.

Son esos procesos de aprendizaje *de la política* (entendida en sentido extenso), como hemos dicho, esencialmente conflictivos, de aprendizajes y olvidos, de “resocialización” y “desocialización“, de continuas adaptaciones y acomodos de los universos políticos de los emigrantes⁵. Distintos actores (además de los propios protagonistas) y también espacios participan y colaboran en esos procesos. Por un lado, los nuevos espacios para la política de los países de destino: las asociaciones, los sindicatos (lejos de la estructura vertical franquista), los partidos políticos, entre otros, pero también el terreno de las relaciones cotidianas tanto en la esfera pública como en la privada en regímenes no autoritarios. Por otro lado, el contacto con dos instancias que muy pronto se significaron como rivales (y competidoras) en esa tarea de movilizar o desmovilizar (según el caso) políticamente a los emigrantes españoles: de una parte, los *Hogares de España*, que “patrocinados y financiados por los consulados, constituyeron el arma principal de la dictadura para atraerse a los trabajadores y mantenerlos alejados de los centros rivales de talante democrático e izquierdista”⁶; de otra, las diferentes asociaciones (de carácter cultural y, primordialmente, político) organizadas durante los primeros años del franquismo por exiliados políticos en el extranjero⁷, que muy pronto intentaron atraer a los *recién llegados* hacia posiciones democráticas y antifranquistas.

Los escasos estudios elaborados hasta la fecha sobre la emigración española se han centrado fundamentalmente en aspectos económicos (por ejemplo, en relación a las remesas o a las pautas de consumo), jurídico-normativos en menor medida, o de relaciones internacionales (primordialmente acuerdos gubernamentales entre distintos Estados). Olvidando prácticamente cuestiones como las *relaciones e intercambios*

⁴ Sanz Díaz, C. (2001): “Emigración económica, movilización política y relaciones internacionales. Los trabajadores españoles en Alemania, 1960-1966”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 23, pp. 315-341. Aunque ceñido exclusivamente al caso alemán, el trabajo citado es un buen estudio inicial sobre la movilización política de los *Gastarbeiter* en Alemania (y sobre las relaciones hispano-alemanas en materia de migración).

⁵ Podemos también ver esos procesos de aprendizaje (y de ajustes) durante el mismo periodo en esas otras “escuelas de participación” que constituían las asociaciones estudiantiles y los sindicatos clandestinos en España. Vid. sobre esta cuestión Maravall, J.M. (1978): *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Madrid, Alfaguara.

⁶ Sanz Díaz, C. (2001: 326)

⁷ Así, entre muchas otras, las “Peñas García Lorca” en Bélgica, las “Miguel Hernández” en Holanda, la Asociación “Iberia Cultura” en París...

sociopolíticos y culturales con la sociedad de destino. Y los pocos que abordan (brevemente y sin profundizar) la relación de los emigrantes españoles con el país de acogida en relación con cualquier otro terreno aparte del estrictamente laboral, lo hacen mayoritariamente para ahondar en una interpretación muy sesgada de lo que podríamos llamar ‘la integración del emigrante’ (o no-integración, deberíamos decir para ser más exactos), que subraya cuestiones tales como el aprendizaje del idioma por parte de los españoles en el extranjero, las tendencias a la concentración residencial-espacial de la comunidad española, las dificultades para adaptarse a las costumbres y modos de vida foráneos, entre otras.

Se torna necesario, por consiguiente, estudiar cómo esas experiencias, que son vividas –*actuadas*- durante un determinado periodo de tiempo por ciudadanos españoles en el extranjero afectan de alguna manera a la forma en que, posteriormente se *relacionan* con la esfera de la política en su ulterior regreso a España.⁸

Está por estudiar, por consiguiente, si los migrantes españoles se mantuvieron al margen de la vida política y sindical en el extranjero y, por ende, esas (no) experiencias con el mundo de la política tuvieron escasas si no inexistentes influencias para los emigrantes españoles; como apoya Angels Pascual, al menos referido al caso alemán: “Un primer hecho constatado es el de la poca participación de los obreros españoles en la sociedad alemana en general y, en consecuencia, la escasa influencia que esta última ha tenido sobre los emigrantes”⁹. O si, por el contrario -y de igual forma circunscrito al ejemplo germano- los españoles presentes en Alemania participaron activamente en asociaciones políticas y sindicales y experimentaron una movilización política creciente, tal y como señala Sanz Díaz: “la movilización política de los *Gastarbeiter* no sólo no decreció, sino que se intensificó y diversificó según se avanzaba hacia los años finales de la dictadura, paralelamente al fortalecimiento de la oposición en el interior de España”¹⁰; y ver, por tanto, cómo esas experiencias afectaron posteriormente a los agentes participantes.

⁸ Fundamentalmente durante el período de transición a la democracia, cuando precisamente los sujetos estudiados pueden hacer *uso* de esas “herramientas” cívico-políticas adquiridas, *aprendidas*, en el extranjero.

⁹ Pascual, A. (1970): *El retorno de los emigrantes: ¿conflicto o integración?*. Barcelona, Nova Terra, p. 201

¹⁰ Sanz Díaz, C. (2001: 339)

2. Una defensa de la dimensión política en el análisis de los fenómenos migratorios

Si hay un aspecto poco abordado en el vasto campo que constituyen los estudios sobre migraciones ese es la dimensión política del fenómeno migratorio¹¹. Las más de las –recientes- veces en las que la sociología se ha acercado al estudio de las migraciones internacionales lo ha hecho para centrarse en aspectos relativos al mercado de trabajo, la diversidad cultural o los procesos de exclusión social, por citar algunos. Y si en algún momento se ha aproximado al terreno de la política lo ha hecho para “levantar muros” en torno a ésta, concibiendo la experiencia política como un espacio estanco y separado del resto de los aspectos que conforman el proceso migratorio (deduzco que se trata de aproximaciones muy vinculadas a aquellas posiciones que defienden una concepción estrecha, mínima, de la política en general y de la participación política en particular).

Sin embargo, partimos aquí de la posición de considerar o, más bien, de incorporar la dimensión política de la migración como una parte inherente al proceso migratorio mismo (Calderón y Martínez, 2002). Y derivado de esta posición se desgajan dos cuestiones cardinales para esta propuesta.

Por un lado, entender esa dimensión política de manera amplia, generosa en atributos. Incluyendo, por lo tanto, no sólo la participación de los sujetos en grupos políticos y organizaciones (tales como sindicatos y partidos políticos), o la exigua aportación a la esfera política que los teóricos *minimalistas* de la democracia reservan a los ciudadanos, sino también la construcción –y reconstrucción- de actitudes y hábitos cívicos, de formación de actitudes y visiones acerca de las instituciones o del sistema político en general.

Por otro lado, destacar el papel esencial del migrante como sujeto político, entendiendo que es un papel primordialmente activo y dinámico. A lo largo del proceso

¹¹ Aplaudo, por tanto, los nuevos esfuerzos que desde la Sociología Política en particular parecen hacerse por analizar algunas facetas (sociopolíticas) de la experiencia migratoria (en torno al concepto de ciudadanía, buena parte de las aportaciones), con el anhelo de que no constituya una *moda académica* más.

migratorio, los sujetos llevan a cabo una *labor* (y nunca mejor dicho, entendido como *trabajo del actor*, tal y como lo concibe Dubet, entre otros) permanente de innovación, de incorporación y de abandono. Se trata de un proceso que es esencialmente conflictivo y constituye una experiencia de reacomodo, de ajuste, de *encaje* constante entre nuevos y viejos esquemas, visiones, actitudes, hábitos.

La tendencia habitual ha sido, sin embargo, la de presentar a los migrantes como sujetos políticamente pasivos¹². Se trata de una perspectiva que ha construido imágenes como las de, por ejemplo, los migrantes como sujetos ajenos a los procesos políticos, por el mero hecho de hallarse lejos de sus comunidades de origen, desinteresados y lejanos tanto a los de *aquí* como a los de *allá*. Sería como si los migrantes cumplieran con precisión el modelo liberal de ciudadanía: ciudadanos recluidos en la esfera privada y, particularmente, en el mundo del trabajo, relegando y descuidando el *coste* que representa la participación política. Este trabajo parte de la premisa de que esa negación del papel activo de los migrantes es una falacia.¹³

En el marco del proceso migratorio se lleva a cabo una experiencia de socialización política única, que es el resultado de confrontar visiones, percepciones, costumbres y hábitos cívicos de sistemas políticos distintos (Calderón y Martínez, 2002). Todos los migrantes experimentan esa confrontación, pues todos ellos se encuentran con sistemas políticos (y económicos, culturales, etc.) distintos al del país de procedencia, aunque probablemente esos acomodados sean más fácilmente detectables cuando los entornos de origen y de destino son radicalmente diferentes (por ejemplo, en el caso de migrantes procedentes de regímenes autoritarios o dictatoriales que tienen por destino países que gozan de regímenes democrático). La tarea de “verse en un lugar distinto” es básica para que los migrantes comiencen a reorganizar sus visiones en torno al contexto político. Del mismo modo, “lo que los individuos esperan del sistema

¹² Pasividad e inacción no sólo referida al espacio de la política, sino a la forma por la que con mucha frecuencia se *mira* la migración. “A los migrantes se los cataloga, clasifica y cuantifica. Este manejo los coloca como meras víctimas de un proceso que escapa de sus manos... Esta imagen pasiva con que se caracteriza a los migrantes se refuerza en la idea social que los representa como una masa anónima sobre la cual hay que decidir y legislar, proveer de herramientas para que mantengan su identidad, y hasta convencer de los peligros de cruzar la frontera, como si no lo supieran.” (Calderón y Martínez, 2002: 11)

¹³ Insisto en que este punto de partida está íntimamente relacionado con el hecho de concebir la dimensión política en sentido extenso.

político y cómo ellos conciben sus obligaciones respecto a éste depende profundamente de los escenarios sociales y políticos en los cuales la gente se encuentra.”¹⁴

Además, estos procesos de aprendizaje político tienen la importancia de comportar nuevas formas de expresión y de ejercicio político para los migrantes, tanto en los países de destino migratorio como en los suyos propios de origen para aquellos migrantes que deciden o se ven obligados a retornar. Y es, quizás, en este último caso en el cual el aprendizaje de esas habilidades, esas disposiciones, tiene especial interés, pues deben los *emigrantes retornados* volver a afrontar una nueva labor de ajuste con el escenario político encontrado (que puede ser similar al *dejado* antes de partir, o tal vez no, pues ha podido experimentar sus procesos de cambio interno), un ajuste que muy probablemente se torne en esta ocasión más complicado (habiendo dejado claro que se trata siempre de un proceso conflictivo), teniendo en cuenta que el bagaje adquirido a lo largo de la experiencia migratoria proporciona elementos de crítica y discordancia respecto a la situación originaria.

El objetivo principal de este trabajo es construir un marco teórico con el que abordar el análisis sociológico de los procesos de aprendizaje político en *contextos* de migraciones internacionales. Se trata de desarrollar un modelo teórico de estudio con el que *mirar* y analizar ese binomio de migración y socialización política¹⁵.

De otra parte, no se pretende con este objetivo construir un modelo teórico general, válido para toda situación y lugar y, por lo tanto, ajeno en buena medida a las circunstancias particulares del caso a estudiar. Lo que aquí se presenta es una propuesta teórica para la investigación empírica sobre procesos de aprendizaje político y migración que parte de la necesidad de considerar históricamente dichos procesos, de dotar de la importancia que requieren los contextos espaciales y temporales (como, por otro lado, requiere todo proceso social).

¹⁴ Siegel, R. S. (ed.) (1989): *Political Learning in Adulthood*. Chicago, University of Chicago Press. p. xi. [Nota de la autora: las citas de textos extranjeros que aparecen en este trabajo son traducciones realizadas por la autora]

¹⁵ “Socialización política concebida como el aprendizaje de aquellas “herramientas” básicas para establecer la vinculación entre los individuos y el mundo de la política”. Morán, M.L. (2001): “Aprendizajes y espacios para la ciudadanía”, ponencia presentada en el VII Congreso de la FES, Salamanca 20-22 de septiembre de 2001, p. 2.

3. Aprendiendo y olvidando. Procesos de socialización, re-socialización y de-socialización política

Durante décadas, las teorías y modelos sobre socialización política han centrado su interés, de manera primordial, en la forma en que estos procesos de socialización tienen lugar a lo largo de la infancia y la adolescencia de las personas. Han enfatizado la importancia de las experiencias más tempranas en la formación de orientaciones sobre la ciudadanía.¹⁶ Más aún, buena parte de la inicial literatura sobre el tema asumió, más o menos explícitamente, que escasos cambios podían esperarse una vez que los individuos alcanzaran la edad adulta, dada la enorme persistencia durante ésta de las orientaciones y disposiciones adquiridas en etapas previas. O, en todo caso, se aceptó que los cambios más observables constituían nada más que (re)elaboraciones de valores asumidos con anterioridad.¹⁷

Este trabajo no comparte esa visión ampliamente aceptada y esa noción de que el aprendizaje (o los aprendizajes, deberíamos decir) se ha completado una vez que los individuos rozan la madurez. Al contrario, defendemos aquí una concepción de socialización política que se extiende a lo largo de la vida de las personas.¹⁸ Circunscribir los aprendizajes sociopolíticos a las edades pre-adultas obvia y niega la virtualidad de transformación que los sucesivos cambios y acontecimientos vividos durante la edad adulta tienen sobre los universos políticos de los ciudadanos. Y, con toda seguridad, uno de esos cambios radicales en la vida de las personas lo constituyen las experiencias migratorias.

El adoptar esa perspectiva de aprendizaje dilatado a lo largo de la vida no significa, por otro lado, un modelo de socialización política que podríamos llamar de “tierra quemada”. Los individuos no afrontan las distintas etapas vitales con una *tabula rasa* sobre la que ir plasmando, construyendo, experiencias y hábitos, de la misma manera que no lo hace el migrante cuando se instala en una sociedad distinta a de su

¹⁶ Ichilov, Orit (ed.) (1990): *Political Socialization, Citizenship Education, and Democracy*, New York and London: Teachers College Press, Columbia University.

¹⁷ Siegel, R., (1989)

¹⁸ Como “lifelong openness perspective”, expresión de difícil traducción, se ha aventurado a acuñar algún texto anglosajón sobre la materia.

país de origen. Además, las experiencias previas de los actores tienen una influencia decisiva en la formación y reformulación de orientaciones ulteriores.¹⁹

Cuando se hace referencia aquí al término “resocialización” no es para entender por ello, como lo hacen algunos autores, volver a adquirir ciertas disposiciones, valores, etc., bien porque, en fin, no se completó el proceso previo de socialización (como si de etapas con claros comienzos y finales se tratara), bien porque se hizo erróneamente (a modo de una tarea inconclusa), sino para poner el acento en el aspecto del cambio, de esa “adquisición/sustitución de/por cosas nuevas”. Como señala Brim al referirse a la socialización en la edad adulta, “el problema educacional es un problema de cambio: de borrar lo que existe y sustituirlo por cosas nuevas”²⁰.

Reivindicar el papel de los adultos en los procesos de socialización política se encuentra íntimamente ligado con la idea ya presentada de entender éstos como procesos de aprendizaje activo donde el papel del *actor*, su labor y responsabilidad, es fundamental. Concebimos a los individuos como agentes que poseen una capacidad permanente de aprendizaje y de cambio. Los aprendizajes políticos “no son nunca una mera recepción y asimilación pasiva de valores y normas de conducta”.²¹ Son esencialmente conflictivos y, por consiguiente, tampoco durante la edad adulta se limitan a una mecánica “aplicación” de prácticas asimiladas.

Podríamos afirmar que los procesos de socialización política se acercan más bien a una sucesión de aprendizajes y olvidos. Como defiende Morán (2001), esa segunda parte de la secuencia, la de *amnesia* y omisión, es imprescindible para entender los procesos de aprendizaje político. Ese estadio viene a jugar un papel fundamental en el caso de las migraciones internacionales, cuando los individuos se ven obligados a contrastar, a reelaborar, y en muchas ocasiones enfrentar, sus nociones acerca de lo cívico y lo político. Sin embargo, esa secuencia casi circular no debe hacernos caer en la imagen de un baúl *vacío* (o lleno, según el momento) o, mejor aún, por ofrecer un símil

¹⁹ De manera más acusada podríamos hablar de lo que algunos autores han llamado el principio de primacía o persistencia a lo largo de la vida. Según esta noción, “buen parte de los sistemas de valores que han sido adquiridos e internalizados durante la infancia, adolescencia y primera juventud estructuran la forma en que la gente percibe y reacciona a nuevas experiencias. Se puede, por lo tanto, afirmar que muchas de las bases para la vida política –afecto, cognición y participación– están instaladas cuando una persona joven llega a la edad adulta”. Siegel, R. (1989: ix)

²⁰ Brim, O.G. (1979: 27)

²¹ Morán, M.L. (2001: p. 7)

más cercano a nuestros días, un disco duro, que recibe constantes entradas y salidas de documentos, pero donde lógicamente la capacidad es limitada y, por decirlo de forma sencilla, algo tiene que ser eliminado para dar cabida a un elemento nuevo. Por el contrario, el modelo aquí propuesto se acerca a la defensa de las estrategias de acción que los sujetos llevan a cabo, contando, *utilizando* un número más o menos limitado de “herramientas”.

En cuanto a la construcción de universos políticos se refiere, la vida de las personas puede entenderse como un ejercicio permanente de reformulación de valores, visiones y actitudes. Hay acontecimientos a lo largo de la existencia de los individuos que provocan de manera más imperiosa y acusada la revisión personal de los marcos de acción. Por mencionar tan sólo unos ejemplos: la prestación del servicio militar (y especialmente en aquellos casos que haya coincidido con episodios bélicos, con la necesidad de participar en éstos), situaciones de prolongado desempleo o los procesos migratorios. Todas estas situaciones implican, por ejemplo, una relación con alguna de las instancias del Estado, relación que puede ser más o menos conflictiva y que puede provocar diferentes reelaboraciones por parte de los actores implicados de nociones previas acerca del poder, la autoridad y el ejercicio o detentación de determinados derechos.

Lo apenas expuesto deja entrever que se incluye aquí una concepción amplia de socialización política que podría acercarse a la que aporta Greenstein: “todo tipo de aprendizaje político, formal o informal, deliberado o no, en todos los estadios del ciclo vital, incluyendo no sólo el aprendizaje político explícito, sino también el nominalmente no político que afecta, sin embargo, al comportamiento político, como por ej., el de las actitudes sociales políticamente relevantes o la adquisición de características de la personalidad que ofrezcan también relevancia política”²².

Las migraciones constituyen un caso singular y especialmente pertinente para el estudio de los procesos de socialización política, más aún si lo acometemos de manera diacrónica, a lo largo del tiempo, en esa secuencia que se establece como: salida del país emisor-estancia en el país de destino-regreso (aunque no es, por supuesto, la única

²² Greenstein, F. J. (1979: 21)

trayectoria posible, sino que las opciones son mayores, por ejemplo: que no se produzca ese regreso al país de origen, que tenga lugar otro –u otros- procesos de migración a países distintos). El análisis empírico de una muestra determinada a lo largo de esa sucesión de etapas daría cuenta de los permanentes ajustes, de continuos y complejos procesos de socialización, de-socialización y re-socialización política. Los procesos de migración internacional comportan la reconstrucción de identidades políticas y la redefinición de roles y esos nuevos roles de los migrantes (“inmigrante”, “no nacional”, “trabajador indocumentado”, por ejemplo) conducen a la socialización y resocialización y pueden tener como resultado la asunción de valores y actitudes políticas nuevas o transformadas.²³

Los individuos que alguna vez en su vida toman la decisión de emigrar, han experimentado antes de hacerlo y en sus países de origen significativos procesos de aprendizaje político en diferentes periodos e incluso hasta la edad adulta.²⁴ Y lo han hecho a través de innumerables esferas y espacios como la escuela, el trabajo, la familia, entre muchas otras, que han contribuido a conformar las visiones de los ciudadanos acerca del sistema político y sus actitudes respecto a las formas de ejercicio de participación política. Además, debemos tener en cuenta que esos procesos y contactos con los distintos agentes y espacios no son unívocos ni unidireccionales. Los agentes se encuentran en permanente redefinición de sus roles (frecuentemente en conflicto) a lo largo de sus vidas y, en este sentido, las experiencias migratorias constituyen *solamente* uno más (aunque de capital importancia) de los sucesivos procesos de resocialización y desocialización que los individuos afrontan sucesivamente.

O quizás, incluso, sería pertinente sustituir para el caso que nos ocupa esa denominación de *rol* (y de desempeño de roles, por tanto), o al menos complementarla con la noción de *experiencia* que presenta Dubet (2000), para quien los individuos se definen en mayor grado por éstas que por aquéllos. El autor define el concepto de experiencia de la siguiente manera: “Por un lado, es una manera de sentir al mundo

²³ Stecknerider, Janie S. y Cutler, Neal E.: “*Aging and Adult Political Socialization: The Importance of Roles and Transitions*”, en Siegel, R. (1989: 58)

²⁴ Nos referimos, pues, a lo largo de este trabajo a aquellos adultos que de forma voluntaria o no (puede tratarse también, por tanto, de individuos que forzosamente se ven obligados a abandonar su país de origen, aunque hay quien dirá que toda migración es forzosa y obligada y que, por ende, ese elemento de voluntariedad carece de importancia) deciden emigrar, y no a personas dependientes que normalmente no afrontan ese tipo de decisiones sino que simplemente se ven afectados por el proceso (como los niños o personas mayores dependientes).

social, de recibirlo, de definirlo a través de un conjunto de situaciones, de imágenes y de condicionamientos ya existentes. Ella es la versión subjetiva de la vida social. Por otro lado, ya que este mundo no tiene ni unidad, ni coherencia, la experiencia social es una manera de construir el mundo social y de construirse a sí mismo. La experiencia no es ni totalmente condicionada ni totalmente libre”²⁵.

Es ahí donde aparece el papel del agente que nos interesa, su autonomía (aunque también sus imposiciones y restricciones), sus experiencias. Los individuos llevan a cabo un proceso interactivo, no exento de conflicto, e innovador con su entorno, en este caso con su entorno político, o público si se quiere. Se produce el desarrollo de las distintas *habilidades* de los individuos, sus capacidades estratégicas, como defiende Dubet, “el individuo aparece entonces como el “empresario de sí mismo”, situación que no sería factible si cada uno se limitara a permanecer en conformidad con su rol”²⁶. Cuenta, por utilizar el símil de Swidler, con un “tool kit”, un juego de herramientas que utiliza, despliega, en función de contextos y situaciones, de prácticas.

Como hemos señalado anteriormente, los migrantes (como todos los individuos en general en sus procesos de aprendizaje político) podríamos decir que no inventan (en términos bruto, como creación *ex novo* de algo), pero sí innovan, transforman y alteran. Los actores no cuentan con un número infinito de modos de acción; el *repertorio*, por utilizar otro símil que se acerca al del “juego de herramientas”, es limitado, o quizás deberíamos decir delimitado. Y, por consiguiente, y como expone el sociólogo francés, “no hacen cualquier cosa, de cualquier manera y de un modo aleatorio”²⁷.

Pero debemos indicar que para el caso de los migrantes, los extranjeros en los países de destino, “se riza más aún el rizo” en esa línea de socialización-desocialización-resocialización. O, de forma más precisa, en ese escenario de continuos intercambios, de relaciones complejas y barreras permeables que constituyen los procesos de aprendizaje político. Pues el migrante vive (en mayor o menor medida, según los casos) entre dos culturas, a medio camino²⁸. Compartimos aquí la opinión de

²⁵ Dubet, F. y Martuccelli, D.: (2000: 75)

²⁶ *Ibid.*: p. 76

²⁷ *Ibid.*: p. 82

²⁸ O entre dos tierras, como preferimos designar más que “en tierra de nadie, que no es la de su país de origen ni la del país que le ofrece trabajo y residencia”, como Swetland llama a esa zona donde se sitúa el migrante.

Calderón cuando afirman que el migrante no está “ni lejos ni ausente” de la sociedad de donde marchó, a pesar de radicar lejos del país (Calderón y Martínez, 2000). Comparten y acompañan los cambios del país de origen. Y es éste un punto crucial para el estudio de los procesos de aprendizaje político de los migrantes, pues la relación y el contacto con el país emisor mientras permanezcan en el extranjero constituirá un paso más en la elaboración y reelaboración de los universos políticos por parte de los actores.²⁹

4. “Queríamos mano de obra... y llegan ciudadanos”

Tomamos prestada la primera parte de la conocida expresión formulada por Max Frisch (“queríamos mano de obra y llegan personas”) que el escritor empleó para referirse a aquel momento del proceso (o el ciclo) migratorio en el que las sociedades de destino o de acogida “*se dan cuenta*” de que los trabajadores extranjeros que un día llegaron para cubrir una necesidad temporal del mercado de trabajo se quedan; más aún, estabilizan su situación laboral, forman familias, demandan derechos, participan activamente en la sociedad, se hacen visibles y esa visibilidad la adquieren *como personas*. En este trabajo proponemos “ir más allá”³⁰ para afirmar que lo que llegan, lo que *tenemos*, es ciudadanos.

Defendemos con esta propuesta la condición de ciudadanos de los migrantes en las sociedades de acogida, con todo lo que esa expresión o esa denominación implica. Individuos que *son* ciudadanos o, de forma más precisa, *se hacen ciudadanos* a través de prácticas, de relaciones. Entendiendo, como lo hace Somers, que la ciudadanía no es un derecho que se otorga, sino el resultado de un conjunto de prácticas, de relaciones, sociales, que son explicadas por cultura, mejor, culturas políticas. Los migrantes experimentan procesos de aprendizaje de la ciudadanía en los países de acogida, a través

²⁹ Y aquí la pregunta que formula Cicourel adquiere extraordinaria relevancia: “¿Qué relato, o qué tipo de comparaciones se hacen entre los dos países?” (Cicourel, A. (1983): “Vivir entre dos culturas: el universo cotidiano de los trabajadores migrantes”, en Andizian, S. (et al.): *Vivir entre dos culturas. La situación sociocultural de los trabajadores migrantes y sus familias*. Barcelona, Serbal/UNESCO) Y ese elemento cobra particular importancia para el caso de la emigración de retorno, e incluso para la consideración del retorno como válida y deseable entre las opciones del migrante.

³⁰ Sin ninguna intención de elaborar una gradación en la que la categoría-ciudadano “sea más” o está “más allá” de la categoría-persona. Simplemente nos interesa destacar el concepto de migrante como ‘sujeto de ciudadanía’. De hecho, la intención de Frisch al decir esas palabras probablemente se acercara bastante a la que aquí nos lleva a parafrasearlo.

del contacto con los distintos elementos que componen, fundamentalmente, la esfera pública de las sociedades.

Es precisamente en el terreno de las migraciones en el que quizás más claramente se dirimen, se disputan y se debaten hoy las *viejas* y nuevas cuestiones acerca de la ciudadanía, porque, como sostiene Javier de Lucas, “es el “escenario” más claro en el que se dirime hoy la vieja cuestión de la democracia, del acceso y la distribución del poder”³¹. Y buena parte de estas cuestiones giran en torno a lo que ha sido y continúa siendo uno de las dimensiones centrales del concepto y el desarrollo teórico de la ciudadanía: el de la inclusión/exclusión; en definitiva, “quién está dentro” y “quién está fuera”.

En esta propuesta de análisis de los procesos de aprendizaje político entendemos que los migrantes son sujetos de ciudadanía, son miembros del espacio público. Defendemos, pues la condición sustantiva de la ciudadanía, que como indica Morán “obliga a considerar las realidades de la inclusión dentro de la comunidad política de todos sus miembros reales, con independencia del estatuto jurídico concreto de cada uno de ellos” (Morán, 2003: 33). Es preciso un marco de análisis que vaya más allá de la ciudadanía formal, que preste atención a esas prácticas de construcción de ciudadanía, de construcción de derechos y a la relación de los migrantes con la (su) comunidad política más allá del terreno jurídico-normativo y meramente formal.

Y probablemente ningún otro proceso sea más propicio que el migratorio para la redefinición constante de las nociones de ciudadanía y de pertenencia y, por ende, para el análisis de las mismas. En muchas ocasiones, por ejemplo, la experiencia migratoria se convierte en una “escuela” para la práctica y la participación política democrática³². Imaginemos, como ya hemos mencionado anteriormente, la experiencia migratoria de aquellos individuos que abandonan regímenes autoritarios y dictatoriales y que tienen como destino sociedades democráticas. Desde la esfera laboral a las relaciones cotidianas la vida de los migrantes está, entonces, permeada por aprendizajes cívicos y políticos.

³¹ De Lucas, J. (2004): “Ciudadanía: la jaula de hierro para la integración de los inmigrantes”, en Aubarell, G. y Zapata-Barrero, R. (eds.): *Inmigración y procesos de cambio*. Barcelona, Icaria.

³² Y como defiende Pateman “aprendemos a participar participando”.

Bibliografía

Andizian, S. (et al.) (1983): *Vivir entre dos culturas. La situación sociocultural de los trabajadores migrantes y sus familias*. Barcelona, Serbal/UNESCO.

Aubarell, G. y Zapata-Barrero, R. (eds.) (2004): *Inmigración y procesos de cambio*. Barcelona, Icaria.

Brim, O.G. (1979): “Socialización de adultos”, en Sills, D.L.: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar.

Calderón, L. y Martínez, J. (2002): *La dimensión política de la migración mexicana*. México D.F., Instituto Mora.

Dubet, F. y Martuccelli, D. (2000): *¿En qué sociedad vivimos?*. Buenos Aires, Losada.

Farré, S. (2001): “Spanische agitation: emigración española y antifranquismo en Suiza”. Madrid, Fundación 1º Mayo, Documento de Trabajo 3/2001.

Greenstein, F.I. (1979): “Socialización Política”, en Sills, D.L.: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar.

Ichilov, Orit (ed.) (1990): *Political Socialization, Citizenship Education, and Democracy*, New York and London: Teachers College Press, Columbia University.

Maravall, J.M. (1978): *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Madrid, Alfaguara.

Morán, M.L. (2001): “Aprendizajes y espacios para la ciudadanía”, ponencia presentada en el VII Congreso de la FES, Salamanca 20-22 de septiembre de 2001.

Morán, M.L. (2003): “Jóvenes, inmigración y aprendizajes de la ciudadanía”, en *Revista de Estudios de Juventud* nº 60/03, pp. 33-47.

Pascual, A. (1970): *El retorno de los emigrantes: ¿conflicto o integración?*. Barcelona, Nova Terra.

Pateman, C. (1970): *Participation and Democratic Theory*. London, Cambridge University Press.

Sanz Díaz, C. (2001): “Emigración económica, movilización política y relaciones internacionales. Los trabajadores españoles en Alemania, 1960-1966”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 23, pp. 315-341.

Siegel, R.S. (ed.) (1989): *Political Learning in Adulthood*. Chicago, University of Chicago Press.

Somers, M. (1999): “La ciudadanía y el lugar de la esfera pública. Un enfoque histórico”, en Gracia, S. y Lukes, S. (eds.): *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*. Madrid, Siglo XXI, pp. 217-234.

Swidler, A. (1986): “Culture in action.”, en *American Sociological Review*, n. 51, pp. 273-86

Datos de la autora

Marta Latorre Catalán

Universidad Complutense de Madrid

Departamento de Sociología I (Cambio Social)

UCM

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Campus de Somosaguas

28223 – Pozuelo de Alarcón

MADRID

Teléfono: 913943089

Fax: 913942767

E-mail: mlatorre@cps.ucm.es